

De la cama al living con Mafalda

Sashenka García Torres

Licenciada en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela) y Especialista en Gerencia de Comunicaciones Integradas por la Universidad Metropolitana (UNIMET). Investigadora en el área de la Literatura infantil y la Promoción de la lectura, imparte la Cátedra de Literatura infantil en las Escuelas de Educación de la UCAB y la UNIMET. Actualmente es Jefe de Publicaciones Impresas en la Editorial Cadena Capriles.

Durante poco más de nueve años (1964-1973), la tira cómica de Mafalda deleitó a los lectores argentinos en publicaciones como *Primera Plana* y *El Mundo*. Posteriormente, la adquisición de derechos por diversas editoriales alrededor del planeta y la consecuente publicación de las viñetas en compilaciones, hicieron posible que las agudas reflexiones de este personaje y sus amigos trascendieran las fronteras geográficas y lingüísticas.

Si bien Mafalda no fue concebida específicamente para un público infantil, yo fui una de las tantas niñas que leyó con avidez los pequeños volúmenes de Ediciones de La Flor que, instintivamente, me gustaban más que los de Lumen, ya que conservaban el habla argentina tan característica que hacía sentir más cercano a un grupo de personajes que forman parte del imaginario colectivo ya desde perspectivas arquetípicas.

Y es que pocos niños, aún hoy, se libran de la clásica comparación: “esta niña es la típica Susanita, sólo juega con muñecas” o bien “un hedonista al más puro estilo de Guille”. Si te ocupabas mucho por entender el *establishment*, eras una Mafalda incorregible. Así que la infancia ha lidiado con la identificación con una tira cómica cuyo humor, muchas veces, resulta demasiado adulto.

Mafalda se desarrolla en una época particularmente difícil en la historia mundial y específicamente en Argentina. Los años sesenta y sus reivindicaciones sociales, la liberación femenina, el control de la natalidad, el pacifismo y la lucha de clases,

se ubican en contraposición a la guerra de Vietnam, el temor de la era atómica y las dictaduras militares, gobiernos que en América Latina aparecen como un leitmotiv sin sentido. De ahí el tono inquisidor de una niña que se niega a aceptar lo que los adultos admiten como correcto, como norma, como realidad. Su necesidad de comprender el porqué de las cosas hace que, muchas veces, resulte incómoda e indeseada para un período que todavía no asimilaba los cambios que en él mismo ocurrían.

Por tal motivo, Mafalda confronta al lector desde la ternura y la provocación al creer en la cigüeña parisina que trae bebés (sin embargo, le pregunta a su padre acerca de la nacionalidad de los niños que, a su entender, debían ser todos franceses antes de llegar a su destino), amar a Los Beatles y al Pájaro Loco con la misma devoción que escucha los discursos de U Thant. Quino, su creador, supo plasmar con magistral cuidado la ironía de la sociedad bélica-pacifista de los sesenta, con esa finura argentina capaz de definir, con humor, la estupidez humana.

Así como la política es un telón de fondo ineludible, la semántica lingüística y la lexicografía también se manifiestan, desde la cotidianidad, en muchas de las viñetas de la serie. Y es que la lengua, sus expresiones y significados, son fundamentales para entender el mundo. Muchas de las tiras de Mafalda atañen directamente a este campo, cargando de agudeza un cuestionamiento social implícito. Tal es el caso de aquella en la cual la niña se acerca

© Quino. *Mafalda 2*. Barcelona: Lumen, 1992

al diccionario a buscar el significado de la palabra “Democracia” y al leer: “Doctrina política en la cual el poder está en manos del pueblo” no puede parar de reír, ni siquiera a la hora de irse a la cama, ante la mirada atónita de sus padres y su hermano.

De muchas maneras la relación con los usos lingüísticos y el léxico se evidencian en el tratamiento de los personajes y las situaciones. Oriunda de un país de habla española, Mafalda también es consecuencia de un idioma cuya diversidad es tan amplia como sus hablantes. Los matices del español en América Latina son tan evidentes como los de las comunidades de España, y esa variedad es, quizás, nuestra mayor riqueza o nuestro peor tormento.

En los pueblos del sur del continente, como Argentina y Uruguay, el rasgo de la lengua se marca más que en otros países de la región. El acento, la pronunciación de las palabras, la conjugación de los verbos, el voseo, son características distintivas que, de una u otra manera, denotan una concepción del mundo, pues, en mayor o menor medida y sin querer ahondar en posturas filosóficas, la lengua nos configura. Supongo que por eso, como lectora, siempre sentí más auténticas las ediciones argentinas de Mafalda que las españolas. No es lo mismo decir “amarrete” que “tacaño” y aclaro que en mi país se dice “pichirre”.

Esa brecha en el lenguaje se pone de manifiesto en una interesante crítica al mundo editorial y pedagógico de la época en una de las viñetas más entrañables para mí. Los libros para enseñar a leer, aburridos, cuestionados, condenados a la desaparición por tantos optimistas y que, con sarcástica constancia, aún hoy les machacan a los niños que su mamá los ama y que los papás fuman pipa, en-

cuentran en Mafalda a un censor irreprochable. Mientras repasa la lección, lee con cuidado: “Ema se asoma. Ve la mesa de la sala”. Cuando pregunta a su madre qué “pieza” es la sala y ésta le contesta que es el “living”, su respuesta ofendida deja en evidencia la contradicción entre la escuela, la cultura y el habla de un país: ¿cómo van a aprender a leer los niños si no escriben los libros en correcto español?

Lo mismo ocurre con la sopa, brebaje espantoso repudiado no sólo por Mafalda sino por sus amigos, sin contar a Guille y a Manolito. Al buscar la definición de esa comida de sus tormentos sufre la gran decepción de no descubrir en ese libro tan gordo ningún calificativo que exprese sus sentimientos, lo que le hace llegar a la decepcionada conclusión de que el diccionario no sirve. Y bien, a todos nos pasa. No en vano el personaje sentencia: “La sopa es a la niñez lo que el comunismo es a la democracia”.

Ya Mafalda supera los cuarenta años y sigue acumulando lectores alrededor del mundo. Con traducciones a más de treinta idiomas, sería interesante indagar acerca de aquellas variables lingüísticas que hacen de la traducción literaria un arte meticuloso. No obstante, en mi caso particular, releer Mafalda supone el ineludible recuerdo de infancia, el agradecimiento a mi madre por haberme presentado al personaje, la capacidad infinita de seguir sonriendo ante su irreverencia y la siempre insondable capacidad de repetir a Calvino en su “clásico” *Por qué leer los clásicos*: esos libros que nunca estás leyendo sino releendo y que, además, se caracterizan por esa “clara y misteriosa relación con lo actual”. Eso es Mafalda. Por ello, esta vez la acompaño con Charly y no con Lennon y McCartney. ◀▶